

erat iste. Si el corazon tuyo en aquesta vista se queda yerto y empedernido, serás más fiero que la turba, la cual, asombrada de ver las señales que se hacian, heria su pecho con confusion de lo que pasaba. Oh hombre! Si el Hijo de Dios es así bajo, quieres tú ser altivo? Si él es pacifico, quieres tú ser arrogante? Si él huella la honra, quiéresla tú adorar? Si la desprecia Dios, ¿por qué la tienes en tanto? Abaja miserablemente tu orgullo y escoge el postrer lugar, pues tu Señor escogió la cruz. Confúndete, vilisima criatura, de no seguir á Cristo, por tí crucificado. Si eres vil, por qué te hinchas? Si eres noble, ¿por qué no imitas al que es alto sobre toda

alteza? Si quieres gloria, ¿cuál mayor que seguir al Dios de la gloria? Si quieres ciencia, sabe que ésta es única filosofia: llégate á la cátedra de la cruz, é oírás la postrimera lición del divino Maestro. Lee, yo te amonesto, el libro del crucifijo, y hallarás en él todos los tesoros de la sabiduría y ciencia de Dios; pero mira que dice *escondidos*, porque infinitos secretos tiene la cruz reservados para sus estudiantes y discípulos. Estudia, yo te digo, en el crucifijo, el cual te dará la perfecta victoria de tí mismo, y te hará, como un otro san Pablo, crucificado al mundo, y el mundo á tí. Amén.

DOÑA OLIVA SABUCO DE NANTES BARRERA.

JUICIOS CRÍTICOS.

I. — DEL DOCTOR DON MARTIN MARTINEZ, MÉDICO DE FAMILIA DEL REY NUESTRO SEÑOR, EXAMINADOR DEL PROTOMEDICATO, EX-PRESIDENTE DE LA RÉGIA SOCIEDAD DE SEVILLA Y PROFESOR PÚBLICO DE ANATOMÍA, ETC.

(En la edición de las obras de doña Oliva de Sabuco.—Madrid, 1728.)

Como nada se opuso más al descubrimiento del Nuevo Mundo que el errado concepto de que ya todo estaba descubierto, así nada se ha opuesto más en nuestras escuelas á la comprension de la naturaleza, que la falsa suposicion de que ya estaba comprendida. Contra este perjudicial supuesto, tuvo valor esta insigne española á escribir un nuevo sistema de medicina, áun en aquel feliz siglo (que se pudo llamar *Augusteo* de España) en que eminentemente florecieron todas las ciencias y buenos artes, borrhando el *non plus ultra*, y venciendo las gloriosas columnas que Aristóteles y Galeno habian puesto por último término de las verdades. En aquellos felices tiempos en que los Vegas y los Valles ilustraban el mundo con sus obras, tuvo aliento esta mujer de decirle á Felipe II, su soberano, que Aristóteles y los demas filósofos no habian entendido la naturaleza del hombre, y que su médico, aquel florido Valle de Sabiduría, si miraba con reflexion su libro, no sólo podia escribir de nuevo sus controversias, sino toda la medicina.

Yo no me atreveré á decir tanto; pero diré que es bien extraño que se celebre de Aristóteles hasta lo que no se entiende, y que nuestros filósofos no se atrevan á ser transgresores de sus textos sin la vènia de una interpretacion, como si fueran cánones de concilio. Diré tambien que la fisica y medicina ni estuvieron, ni áun están, ocupadas, y que muchísimos fueran grandes médicos y filósofos, si no creyeran que ya lo eran. Tan léjos está de que se tenga en doña Oliva por temeridad querer sacar estas facultades del estrecho recinto á que las tenia reducidas la preocupacion.

Sucedióla á nuestra doña Oliva lo que al gran Colon, que el éxito hizo despues gloriosa la invencion que la ceguedad reputó ántes por ridicula. Entre las aspercezas de Sierra Morena fertilizó esta Oliva el orbe de las letras. Su pensamiento pareció sólo sibilico furor de una fecunda imaginativa; pero los experimentos de nuestro siglo (como ella misma pronosticó) ya le han reducido á sistema. El doctisimo Encio (en cuya boca, si creemos á Carleton, parece que hablaba la misma sabiduría) y toda su sociedad inglesa, sobre la bella fantasia de esta mujer fabricaron el famoso sistema del suco nervoso, aunque incurrieron en la negra nota de no nombrarla; pues es muy de creer que, habiendo escrito en tiempo de Felipe II, y dedicado al Rey su libro, cuando este principe pasó á Inglaterra, pasase la tal obra, de donde disfrutaron los ingleses la India que esconde en tan breves hojas, haciéndola más suya que del país que la produjo. Yo solo en este tiempo he procurado volver á mi patria, y establecer en ella el tesoro usurpado. Bien podrán impugnar la opinion de doña Oliva y mia, pero no me podrán negar que en defender la opinion de una dama, si ella fué el Colon, soy yo el Cortés.

En la *Anatomía completa*, que voy á dar al público, sostengo esta hipótesis, fundada sobre la historia de la naturaleza misma, aclarando la oscuridad que la dió la ruda anatomía de aquellos siglos. Hay quien dice que esta obra no fué de mujer; yo estoy persuadido á que sí, porque el soberano á quien se dedicó fué demasiado grave y circunspecto para que, en materia tan importante

y sería, nadie se atreviese á hablarle disfrazado; pero, fuese quien fuese, lo cierto es que no le bastó el implorado auxilio para que se probase su método. ¡Oh desgracia, que no se consulte la experiencia sobre la duda, y que la terquedad sobre la conjetura funde dogma! En fin, repito de esta obra lo que la misma autora generosamente dijo: que «este libro solo faltaba, como otros muchos sobran.» Cuantas objeciones se propongan contra esta hipótesis, ilustrada con las nuevas luces que hoy tenemos.

Expediam: et prima revocabo eorundem pugna.

II. — DEL SEÑOR MOSÁCULA.

(*Elementos de fisiología especial humana.*—Tomo II.—Madrid, 1850.)

Alibert, en su *Fisiología de las pasiones, ó nueva doctrina del sentimiento moral*, reduce todos los fenómenos á tres clases: 1.^a los que se refieren á la conservacion del individuo; 2.^a los que proporcionan al hombre relaciones con los objetos que le rodean; y 3.^a aquellos por los cuales asegura la conservacion de la especie. El autor del análisis de esta obra, además de considerarla escrita con método, claridad y energía, dice que se encuentran en ella conocimientos de que carecen los publicados por Hume, Smith y otros que no han tenido ocasion, como Alibert, para estudiar al hombre, así en el estado de salud como en el de enfermedad. Añade que á esto se debe, sin duda, una produccion literaria en que asocia á la novedad de los pensamientos y agudeza del espíritu, el estilo ardiente que caracteriza las obras de ingenio. No estoy distante de creer, con el analizador de esta obra, verdaderamente recomendable, que sea una produccion original del citado Alibert; pues otras muchas que ha dado á luz, y el distinguido concepto facultativo que ha merecido, le hacen juzgar capaz de esto y aún más; pero tampoco puedo omitir, en obsequio de la literatura española, que algunos siglos ántes de la publicacion de la *Fisiología de las pasiones*, ya se imprimió en España una obra, que si no es muy semejante, tampoco es demasiado diferente.

En efecto, en 1587 se imprimió en Madrid, y dedicó al rey don Felipe, segundo de este nombre, una obra intitulada *Nueva filosofía de la naturaleza del hombre*, etc., escrita por doña Oliva Sabuco de Nantes Barrera..... Empieza el análisis de las facultades afectivas ó pasiones con un coloquio del conocimiento de sí mismo, en el cual hablan tres pastores filósofos en vida solitaria, y nombrados Antonio, Veronio y Rodonio. En él, despues de aclarar aquel dicho, escrito con letras de oro en el templo de Apolo, *Nosce te ipsum*, se trata de los afectos de la sensitiva, que obran en algunos animales; del enojo y del pesar, de la ira y su remedio, de la insinuacion retórica, de la tristeza, del miedo y del temor, del amor y deseo, del placer y alegría, etc., hasta llegar á manifestar las mudanzas que inducen en el hombre los alimentos y otros agentes.

De esto, como del tiempo de la obra, se deduce que los antiguos españoles no ignoraron una gran parte de lo que recientemente ha publicado Alibert; que si este erudito profesor no ha tenido presente para la composicion de su obra la de doña Oliva, sino que ha sido pensamiento original, también nos será permitido decir que 238 años ántes que el autor frances, una española literata descubrió, con bastante precision y con el método que proporcionaban los conocimientos de aquella época, la filosofía de los afectos, ó fisiología de las pasiones.

III. — DE DON ANTONIO HERNANDEZ DE MOREJON.

(*Historia bibliográfica de la Medicina española.*—Madrid, 1845.—Tomo III.)

En efecto, doña Oliva tenía una imaginacion fecunda, brillante, fuerte; y aunque su obra abunda de metáforas y alegorías, es preciso considerar que el estilo que requieren los diálogos en que escribió, y los sujetos que intervienen en sus coloquios, lo exigen así..... Tiene esta escritora otro mérito singular, que le dará siempre un derecho á la gloria, y es el haber discurrido un tratado de las cosas con que se puede mejorar la república, que forma una especie de higiene ó policia civil, cuyos preceptos debian tener á la vista los principes y legisladores. He dicho muchas veces

en la cátedra que el tratado de las pasiones, escrito por esta mujer, era superior, atendiendo al tiempo en que lo escribió, á la misma obra de Alibert.

Es también doña Oliva digna de alabanza por haber vislumbrado muchos fenómenos fisiológicos, debidos á la lectura de las obras de Hipócrates, Platon, Eliano y otros médicos y filósofos antiguos.

IV. — DEL SEÑOR DON ANASTASIO CHINCHILLA.

(*Anales históricos de la Medicina en general, y biográfico-bibliográficos de la española en particular.*—Tomo I.)

El *Coloquio de la naturaleza del hombre*: éste es el tratado de las pasiones, del cual hablan muchos historiadores, tanto nacionales como extranjeros; es sumamente interesante, y me reputaria criminal si no diese á mis lectores un extracto de él, para que, en su vista, puedan juzgar de su mérito, y porque, además, es obra que llegará á ser muy rara.

Si nada hubiese escrito más que el tratado de las pasiones, hubiera bastado para inmortalizar esta obra: ella es digna de ocupar un sitio distinguido en la librería de todo literato, pues es uno de aquellos que jamás mueren, y se leen siempre con gusto y provecho.

DOÑA OLIVA SABUCO DE NANTES BARRERA.

CARTA DEDICATORIA AL REY NUESTRO SEÑOR.

Una humilde sierva y vasalla, hincadas las rodillas en ausencia, pues no puede en presencia, osa hablar. Dióme esta osadía y atrevimiento aquella ley antigua de la alta caballería, á la cual los grandes señores y caballeros de alta prosapia, de su libre y espontánea voluntad, se quisieron atar y obligar, que fué favorecer siempre á las mujeres en sus aventuras. Dióme tambien atrevimiento aquella ley natural de la generosa magnanimidad, que siempre favorece á los flacos y humildes, como destruye á los soberbios. La magnanimidad natural, y no aprendida, del leon (rey y señor de los animales) usa de clemencia con los niños y con las flacas mujeres, especial si, postrada por tierra, tiene osadía y esfuerzo para hablar, como tuvo aquella cautiva de Getulia, huyendo del cautiverio por una montaña donde habia muchos leones, los cuales todos usaron con ella de clemencia y favor, por ser mujer y por aquellas palabras que osó decir con gran humildad. Pues así yo, con este atrevimiento y osadía, oso ofrecer y dedicar este mi libro á vuestra Católica Majestad, y pedir el favor del gran Leon, rey y señor de los hombres, y pedir el amparo y sombra de las aquilinas alas de vuestra Católica Majestad, debajo de las cuales pongo este mi hijo, que yo he engendrado, y reciba vuestra Majestad este servicio de una mujer, que pienso es el mayor en calidad que cuantos han hecho los hombres, vasallos ó señores, que han deseado servir á vuestra Majestad; y aunque la Cesarea y Católica Majestad tenga dedicados muchos libros de hombres, á lo ménos de mujeres pocos y raros, y ninguno de esta materia. Tan extraño y nuevo es el libro, quanto es el autor. Trata del conocimiento de sí mismo, y da doctrina para conocerse y entenderse el hombre á sí mismo y á su naturaleza, y para saber las causas naturales por qué vive y por qué muere ó enferma. Tiene muchos y grandes avisos para librarse de la muerte violenta. Mejora el mundo en muchas cosas, á las cuales, si vuestra majestad no puede dar orden, ocupado en otros negocios, por ventura los venideros lo harán; de todo lo cual se siguen grandes bienes. Este libro faltaba en el mundo, así como otros muchos sobran. Todo este libro faltó á Galeno, á Platon y á Hipócrates en sus tratados *De natura humana*, y á Aristóteles cuando trató *De anima* y *De vita et morte*. Faltó tambien á los naturales, como Plinio, Eliano y los demas, cuando trataron *De homine*. Ésta era la filosofía necesaria, y la mejor y de más fruto para el hombre, y ésta toda se dejaron intacta los grandes filósofos antiguos. Ésta compete especialmente á los reyes y grandes señores, porque en su salud, voluntad y conceptos, afectos y mudanzas, va más que en las de todos. Ésta compete á los reyes, porque conociendo y entendiendo la naturaleza y propiedades de los hombres, sabrán mejor regirlos y gobernar su mundo, así como el buen pastor rige y gobierna mejor su ganado cuando le conoce su naturaleza y propiedades. De este *Coloquio del conocimiento de sí mismo y naturaleza del hombre*, resultó el diálogo de la que *Vera medicina* allí se vino nacida, no acordándome yo de medicina, porque nunca la estudié; pero resulta muy clara y evidentemente, como resulta la luz del sol, estar errada la medicina antigua, que se lee y estudia, en sus fundamentos principales, por no haber entendido ni alcanzado los filósofos antiguos y médicos su naturaleza propia, donde se funda y tiene su origen la medicina. De lo cual, no solamente los sabios y cristianos médicos pueden ser jueces, pero aún tambien los de alto juicio de otras facultades, y cualquier hombre hábil y de buen juicio, leyendo y pasando todo el libro; de lo cual, no solamente sacará grandes bienes en conocerse á sí mismo y entender su naturaleza, afectos y mudanzas, y saber por qué vive ó por qué muere ó enferma, y otros grandes avisos para evitar la muerte violenta, y cómo podrá vivir feliz en este mundo, pero aún tambien entenderá la medicina clara, cierta y verdadera, y no andará á ciegas con ojos y piés ajenos, ni será curado del médico como el jumento del albéitar, que ni ve ni oye